La Sociología Boliviana en las Crónicas Generales de Indias

Por Humberto VAZQUEZ MACHICADO. De la Sociedad Boliviana de Sociología. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

I

LA época que el capricho ha querido se llame Edad Media habíase cerrado con la toma de Constantinopla por los turcos en 1452, hecho que entrañaba la definitiva ruina del Imperio de Oriente, yerto cuerpo que agonizaba hacía siglos y al cual nada de romano podía señalársele ya. En el seno de ese medioevo estuvieron gestándose todas las fuerzas espirituales que habrían de manifestarse en un inmediato despertar de la Humanidad. A la mística sombra de las catedrales góticas, en los callados claustros, en estudios de artistas y, en fin, en el hondo e intenso vivir de las gentes de ese lapso tan erróneamente juzgado como oscurantista, la especie humana no hacía otra cosa que prepararse para dar de sí lo más alto de su potencia. Y llegaron las centurias xv y xvi.

En un siglo de tantas letras, artes y ciencias, de grandes inventos y osados avances geográficos, el descubrimiento de América significó lo más increíble y asombroso que pudiera haberse imaginado el mundo antiguo. Parecía que los cuentos y fantasías orientales de las *Mil y Una Noches* se habían convertido en realidad tangible allí, al otro lado del Atlántico, y al alcance de la mano de cualquier soldado aventurero que tuviera el coraje de afrontar los peligros de la empresa. Y este hecho, el más trascendental de la historia de la Humanidad, cayó en una época propia como para comprenderlo y como para aquilatarlo en toda su

grandeza y en todo su sentido, aunque de ello se haya hecho mayor manifestación escrita.

El Renacimiento imperaba en Europa, y esa curiosidad que obsesionaba a sus hombres, llevándoles a indagar todos los misterios, habíales conducido también, al decir de Burckhardt, al “descubrimiento del hombre”.¹ La antigüedad clásica, las doctrinas filosóficas griegas, las matemáticas islámicas, las noticias legendarias de Catay, Cipango y las tierras del Preste Juan, todo lo absorbía y todo lo asimilaba en un portentoso anhelo de saberlo y abarcarlo en la universalidad de su contenido. Ni la religión —tabú hasta entonces— habíase librado, y en el norte europeos, rubios y adustos pensadores invocaban el libre examen de la Biblia por encima y apartándose del dogmatismo romano.

A esta generación maravillosamente preparada cual ninguna otra en el decurso de la historia universal correspondió el presenciar el fenómeno del nacimiento de un mundo nuevo, que se presentaba aureolado de los mayores misterios, a tanto que fue preciso el breve papal *Veritas ipso* de 9 de junio de 1537 para que sus habitantes sean considerados personas humanas dotadas de alma y no bestias poco menos que feroces. Se habían conquistado grandes y poderosos imperios, y los que de allí regresaban o de allí escribían relatan portentos de extrañas civilizaciones, cultos idolátricos, costumbres extravagantes, frutos y alimentos desconocidos, y, sobre todo, oro, plata, perlas y piedras preciosas en una abundancia verdaderamente enloquecedora.

Y todo había sido insospechado. “De improviso se ofrece a la curiosidad de los europeos un mundo insólito y desproporcionado: territorios inmensos, climas paradisíacos, civilizaciones confusas, pueblos en estado de naturaleza sobre los que no había literatura ni juicios consagrados.”² Y ello conquistado por los fieros castellanos. Y como consecuencia lógica del choque de estos dos mundos, vino una reacción de ambas partes, tanto en lo cultural y positivo como en lo material y negativo. Lo primero sobrevive y es nuestro orgullo. Lo segundo pasó ya como un sueño trágico, pero efímero.

“Los conquistadores transportaron a América presentes griegos tan magníficos como la tuberculosis, el cólera, la peste bubónica, el sarampión, la malaria. Al importar esclavos introdujeron como artículo de contrabando la enfermedad del sueño, la elefantiasis, etc. Los indios re-

¹ Jacobo Burckhardt. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Trad. esp. Buenos Aires, 1942, pág. 250.

² Luis Aznar. Prólogo a Guillermo H. Precot. *Historia de la conquista del Perú*. Trad. esp. Buenos Aires, 1943, pág. 7.

tribuyeron a los europeos tan exquisita amabilidad regalándoles el tabaco y, sobre todo, según la mayoría de opiniones, la sífilis. Pero la venganza de América no paró allí. Desató también los nudos de la más aguda crisis económica, sumergiendo algunas naciones en la ruina y haciendo terriblemente difícil la vida de los pueblos. El capitalismo vino al mundo 'vomitando sangre y lodo de pies a cabeza' y contradicciones por los cuatro costados. Junto a los fogosos advenedizos, a los nuevos millonarios, aumentó hasta lo indecible la miseria de las masas, ya depauperadas."³

No es, pues, de extrañarse que ante estos fenómenos, y dada la calidad del espíritu renacentista, parte de la curiosidad de Europa se volcara hacia las cosas y hombres del Nuevo Mundo. A pesar del desquiciamiento religioso, de los peligros de las amenazas sarracenas y de las guerras que asolaban todos los países europeos no se detuvo esa curiosidad y esa inquietud por América, las mismas que llegaron a verdaderos extremos, aunque inferiores a las que provocaban acontecimientos coetáneos. Cuéntase que Piero Martire d'Anghiera, más conocido por su castellanizado nombre de Pedro Mártir de Anglería, era acosado por corresponsales que le exigían datos e informaciones acerca del Nuevo Mundo, llegando la cosa a tal punto que, para responder a todos, por consejo del cardenal Ascanio Sforza, vicescanciller apostólico, resolvió escribir una obra de conjunto, originándose así sus famosas *Décadas*.⁴

Un notable erudito francés afirma: "La epopeya de los conquistadores de América planteaba no tan sólo problemas jurídicos o morales. Abría rutas nuevas al conocimiento del hombre y del mundo. Entre los soldados y clérigos que la vivieron se encontraban hombres más o menos imbuídos de humanismo que, conscientes de este enriquecimiento, quisieron darlo a conocer a sus contemporáneos."⁵ Pero la curiosidad, el interés por América, con todo de ser grande, comprendía tan sólo a agentes del procomún y no a los cerebros directores del pensamiento renacentista. El ya citado Bataillon agrega: "Ni a Erasmo ni a la inmensa mayoría de sus contemporáneos preocupó mucho el *Orbis Novus*. Sin tomar en cuenta los folletos —que ofrecen una desproporción mucho mayor aún—, hay dos veces más libros sobre los turcos que sobre América."⁶

³ Volodia Teitelboim. *El amanecer del capitalismo y la conquista de América*. Santiago de Chile, 1943, págs. 161-162.

⁴ Luis Aznar. Prólogo citado, pág. 10.

⁵ Marcel Bataillon. *Erasmo y España*. Trad. esp. México, 1950, vol. II, pág. 247.

⁶ *Ibidem*, vol. II, pág. 444, *passim*.

A esta indiferencia de los pensadores del siglo xvi apenas si parece escapar el valenciano Luis Vives,⁷ sin que por otra parte ello preocupe a su mejor biógrafo y comentarista.⁸ Esta posición de pretender ignorar América, es muy propia del egocentrismo europeo, el mismo que aún en los tiempos modernos lo vemos manifestarse. Un alemán no sabe o no quiere saber lo que significó el descubrimiento del Nuevo Mundo para esa cultura cuya historia escribe.⁹ Otro historiógrafo, y que se cita precisamente por ser español, no menciona tal hecho como algo valorable en tan maravillosa época, y que importa el timbre más glorioso, no sólo de la historia de su patria, sino de la Humanidad toda.¹⁰ Sólo un pensador de genialidad ecuménica pudo decir que “desde el instante del descubrimiento de América el Occidente pasa a ser la providencia de un Todo gigantesco. A partir de aquí, la historia de la cultura occidental adquiere un carácter *planetario*”.¹¹ Pero nos estamos alejando demasiado de nuestro camino y fuerza volver a él.

El relato de las hazañas de la conquista se prestaba especialmente para alentar los dos vicios que, según Groce, padecía la historiografía del Renacimiento: el culto de la actuación individual, que se cristaliza en *El Príncipe*, y el factor azar, o fortuna, que acompaña a las acciones humanas, como puede verse en Guicciardini.¹² Esto, por supuesto, dentro de la tendencia que ha dado en llamarse pragmática o política, mientras contemporáneamente comenzaba a iniciarse también, dentro del humanismo propio de la época, aquella que “bregaba por la erudición”.¹³ Un enfoque general de la obra de los escritores de los primeros tiempos de América ha hecho Weber.¹⁴

Pero no se crea que esta historiografía era en su totalidad de buena

⁷ Valentín de Pedro. *América en las letras españolas del Siglo de Oro*. Buenos Aires, 1954, pág. 36.

⁸ Adolfo Bonilla y San Martín. *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento* Madrid, 1929, 3 vol.

⁹ Alfred Weber. *Historia de la cultura*. Trad. esp. México, 1934.

¹⁰ José Pérez Hervás. *Historia del Renacimiento*. Barcelona, 1916, 3 vol.

¹¹ “Mit der entdeckung Amerikas wurde das Abendland zur Provinz in einem riesenhaften Ganzen. Von hier an trägt die Geschichte der abendlandischen kultur *planetarischen Charakter*”. Oswald Splenger. *Der Untergang des Abendlandes. Umriss einer Morphologie der Weltgeschichte*; Muenchen, 1922, vol. I, pág. 433.

¹² Bonedetto Groce. *Teorna e Storia della Storiografia*; Bari, 1927 págs. 214-215.

¹³ Angel de Gubernatis.—*Historia de la Historiografía Universal*; trad. esp. Buenos Aires, 1943, pág. 190.

¹⁴ Friedrich Weber.—*Beitrage zur Charakteristik der älteren Geschichtschreiber über Spanisch-Amerika*. Leipzig 1911.

ley y de primera clase. Entre tantas cosas buenas y malas, sobre todo cuando aún se sentía la influencia de los libros de caballerías, aquellos libros y noticias americanas dieron origen a lo que Carbia ha llamado "historiografía fantaseada", la misma que define con las siguientes palabras: "Consiste ella en relatos de ordinario breves, en los que narraban las hazañas de los conquistadores y se echaban a vuelo todas las campañas de la loa a la prodigiosa riqueza de las tierras que se iban develando. El Viejo Mundo asistió asombrado así a un verdadero refulgir de prodigios. Al principio los relatos se reducían a simples cartas de descubridores, entregadas a la curiosidad de la gente por las imprentas de todos los países; pero como la voracidad de los leyentes fuese en aumento y no se saciara con la versión escueta ni con el corto número de las epístolas —separadas entre sí por largos períodos de tiempo—, el espíritu de los editores encontró en seguida un fácil recurso para calmar su anhelo y acrecer, de paso, la propia bolsa. Y comenzaron entonces las glosas, los arreglos, los mosaicos de trozos literarios, y todo lo que le es congénere, dejando la rendija suficiente como para que se filtrase por ella la fantasía traviesa que, naturalmente, hizo de las suyas. Tal fue el origen de la historiografía fantaseada, verdadera apoteosis de lo prodigioso y estupendo. Las narraciones que la concretaban corrieron impresas en todos los idiomas de Europa, y fueron alimento espiritual de las gentes de los más diversos sectores de la cultura."¹⁵

Esta literatura especial, con todos sus defectos y limitaciones, encerraba escondida entre la maleza de su enloquecida fantasía materiales de muy buena ley, los mismos que involucraron de suyo, al decir de Fueter, un problema historiográfico nuevo. Los hechos del descubrimiento y la conquista de América "ofrecían una materia a la que no bastaban los procedimientos de la historia clasicista anterior. Los lectores se hubieran sentido poco satisfechos de ver tratar el descubrimiento del Nuevo Mundo de acuerdo con el plan de los anales. Lo que les interesaba no eran tanto los detalles de la conquista como los pueblos y los países maravillosos descubiertos por los europeos. Querían saber cómo vivían esos hombres que aparecían por primera vez en el horizonte de Europa, cuál era su organización política y su religión, cómo se alimentaban y cómo se vestían. Deseaban, en lugar o simultáneamente con el relato, descripciones y cuadros"¹⁶.

¹⁵ Rómulo D. Carbia. *La Crónica Oficial de las Indias Occidentales*. Buenos Aires, 1940, págs. 83 y sig.

¹⁶ Eduardo Fueter. *Historia de la Hispanografía Moderna*. Trad. asp. Buenos Aires, 1953, vol. I, pág. 320.

Tales trabajos, al decir del citado Fueter, ejercieron una influencia decisiva en la historiografía coetánea europea, pues “se dio paso al interés por la etnografía y la historia de la civilización. Los cimientos de la historia fueron sacados a luz. Únicamente después del descubrimiento de América y de los primeros relatos acerca del Nuevo Mundo se adoptó la costumbre de iniciar las historias de los pueblos europeos con una descripción detallada del país y de sus habitantes”. Y conste que los libros acerca de los descubrimientos en África y Asia de la misma época no entusiasmaban ni ejercieron tanto influjo como los de América, ya que “los acontecimientos no eran tan maravillosos, el país más conocido. La fantasía de los lectores encontraba allí menos satisfacción”.¹⁷

La aparición de estas noticias americanas importaron notable contribución al estudio de la filosofía social, máxime si cayó en época en que florecieron notables cultores de tales inquietudes. Tenemos a Maquiavelo, a Juan Bodin, un precursor de modernas ideas; a Lutero, Miguel Servet, Melancthon, Calvino, Francisco Bacon, Tomás Moro, Campanella, Harrington, Hobbes, Erasmo, Vives, etc.¹⁸ Así como todos y cada uno de estos pensadores dio su contribución, la joven América, desconocida por aquéllos, la dio también, tímida, recogida en su vestimenta criolla, en sus pañales de recién cristianizada criatura, constituyendo el aporte que el Nuevo Mundo daba al estudio de la geografía, de la fauna, de la flora, de los hombres y las razas y, sobre todo, de ignoradas religiones con ritos extraños, de desconocidas teogonías de raros mitos y de organizaciones estatales que hasta entonces no se habían visto.

De todo ello resulta que esos trabajos históricos llevaban en sí mucho de material informativo, el mismo que, aplicado a Bolivia, nos da los más remotos datos acerca de una mentalidad sociológica, todo lo incipiente que se quiera, pero que comenzó a mostrarse fuerte y precisa desde los primeros momentos, y tratando de buscar una definición y una personalidad propias para el nuevo hemisferio y para ese pedazo de tierra que se llama Bolivia.

Ese pensamiento sociológico es el que vamos a rastrear entre los diversos cronistas de Indias que estuvieron en América y que, por consiguiente, sintieron en carne propia, por sí mismos, sus hondas palpitaciones.

¹⁷ *Ibidem*, vol. I, págs. 320, 321 y 322, *passim*.

¹⁸ Charles A. Ellwood. *Historia de la Filosofía Social*. Trad. esp. Santiago de Chile, 1939, págs. 69 y sig.

II

Naturalmente que en todo estudio referente a cosas de América por fuerza tiene que figurar en primer lugar su apóstol fray Bartolomé de las Casas. Nació en Sevilla en 1475, cursó estudios en Salamanca y en 1502 se trasladó a Indias, siguiendo el ejemplo de su padre y de su tío; se hizo sacerdote y llegó hasta obispo de Chiapa, en Guatemala. Defendió con ardor no igualado a los indios de América de la opresión de los conquistadores y colonizadores españoles, escribiendo con tal motivo violentos panfletos; falleció en España en 1566. A pesar de haber transcurrido cuatro siglos de su campaña, Las Casas es uno de los hombres y de los escritores más discutidos que hay, y acerca del cual el elogio y la calumnia siguen tejiéndole coronas, mientras sus libros se reeditan y traducen por doquier con extensas notas y comentarios.¹⁹

Con todo, o quizá por ello mismo, la figura de fray Bartolomé de las Casas es de tal volumen que por sí sola llena los inmensos ámbitos del mundo hispánico en el siglo XVI de uno al otro hemisferio, y precisamente por esa razón sobrepasa los modestos límites de estas notas. Su monumental *Historia de las Indias*, con abarcar sólo hasta 1520, inconclusa como quedó, deja sin tratar la conquista del Perú. Pizarro, en cuanto a su *Apologética*,²⁰ fuera de aquello que dio material para *De las antiguas gentes del Perú*,²¹ tiene un inmenso valor sociológico para la ciencia americanista en general y para muchos pueblos en particular. Sus últimos capítulos, al analizar las diversas clases de bárbaros que hay, coloca a los indios de América entre aquellos que sólo lo son por no conocer el Evangelio y la verdadera religión. Su apasionamiento llega a decir que “menos o menores defectos tuvieron que la de los cretenses, lacédemonios y calcedonios, etc”.²²

Según el benemérito americanista don Marcos Jiménez de la Espada, el Padre Las Casas se propuso demostrar la bondad de las repúblicas de Indias de acuerdo al concepto aristotélico que se tenía de la *polis*, y ello lo demuestra en sus constantes y reiteradas referencias al

¹⁹ La bibliografía referente al P. Las Casas es inmensa. El profesor Lewis Hanke ha dedicado a este personaje alrededor de una docena de monografías y anuncia un ensayo bibliográfico.

²⁰ *Apologética Historia Sumaria*, etc. Edición de M. Serrano y Sanz en *Historiadores de Indias*. Madrid, 1909, vol. I.

²¹ Edición a cargo de Marcos Jiménez de la Espada en la *Colección de Libros españoles raros o curiosos*. Madrid, 1892. Un vol. de LIX más 290 pp.

²² *Apologética*, etc. Edición citada, cap. CCLXII, pág. 681.

Estagirita y a Platón, acumulando montañas de erudición histórica y teológica en favor de su tesis de ser estos pueblos “bien intelectivos y racionales, por razón de saber bien regir y gobernar sus casas, que son los primeros elementos y principios, o quizá segundos, de los ayuntamientos y poblaciones grandes de hombres que llamamos ciudades”.

Y añade: “Manifiéstase, pues, y queda clara la suficiencia y perfección de las repúblicas, reinos y comunidades de estas gentes cuando es necesario y conveniente para en las cosas temporales vivir a su voluntad y en abundancia de ellas, y así conseguir el fin último y felice de la ciudad o vida social, cuanto sin fe y verdadero cognoscimiento de Dios en esta vida se suele alcanzar, que es la paz y conservación de ella.”²³

Uno de sus biógrafos dice: “Arduo y misterioso es el problema que intentaba resolver el Padre Las Casas, pues formulado a los términos a que lo reduce y en nuestra especie capaces de alcanzar el grado supremo de la civilización, esto es, el desarrollo máximo de que es susceptible el espíritu que vive en la naturaleza y que por ella está acondicionado.”²⁴

Es precisamente por ello que, con toda justicia, se considera a Las Casas no sólo como un altruísta defensor de los indios, sino también como un precursor de concepciones etnológicas y sociológicas, largo tiempo negadas y hasta sangrientamente combatidas, para mostrarse hoy en triunfo por encima de prejuicios de casta o de raza.²⁵ Uno de los que mejor ha estudiado a Las Casas, el profesor norteamericano Lewis Hanke, ha llamado la atención sobre su obra, no sólo jurídica,²⁶ sino de antropólogo,²⁷ y pese a las afirmaciones en contrario, lo considera además como un gran historiador.²⁸

Ya sabemos que de la *Apologética*, Marcos Jiménez de la Espada entresacó veinticinco capítulos que se referían a estas tierras y con

²³ *Ibidem*, caps. XVV y XLVI, págs. 117 y 119.

²⁴ Antonio María Fabié. *Vida y escritos de Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa*. Madrid, 1879, vol. I, págs. 397-398.

²⁵ Juan Finot. *El prejuicio de las razas*. Trad. esp. Valencia, Sed; 2 vol. J. Evola. *El mito del sangre*. Milano, 1937, H. S. Jennings, C. A. Berger, S. J., Dom. Th. Verner Moore, A. Hrdlicka, R. H. Lewis, O. Klinenberg. *Aspectos científicos del problema racial*. Trad. esp. Buenos Aires, 1946, etc.

²⁶ Lewis Hanke.—*Las teorías políticas de Bartolomé de las Casas*; Buenos Aires, 1935.

²⁷ Lewis Hanke.—*Bartolomé de las Casas, Pensador Político. Historiador. Antropólogo*; trad. esp. La Habana, 1949.

²⁸ Lewis Hanke.—*Las Casas, historiador*; trad. esp. México, 1951. Sobretiro del prólogo a la *Historia de los Indios* editada por el Fondo de Cultura Económica de dicha capital.

ellos compuso el volumen titulado *De las antiguas gentes del Perú*, a cuyo frente puso un estudio crítico en el cual asegura que los dichos capítulos no son originales de Las Casas, sino que tomó sus datos de muchos historiadores y cronistas, lo que no sería nada, sino que en muchos casos escogió en forma intencionada, y hasta adulteró a su antojo, muchos de los párrafos utilizados, todo ello según su humor.²⁹

El volumen consta de capítulos que parece fueron compuestos allá por 1561, al menos en su mayor parte. Los autores aprovechados serían Miguel de Estete, Francisco de Xerez, Cieza de León, Cristóbal de Molina, etc., etc. Además, y a pesar de algunas afirmaciones en contrario, Jiménez de la Espada demuestra que el ilustre apóstol no conoció el Perú y que, por tanto, sus afirmaciones son de segunda mano, tal cual consta ya, aderezándolas dentro de su plan e intenciones.

La obra describe las poblaciones y edificios, obras públicas, artesanos y obreros, militares, la riqueza, la religión y sus templos con sus sacerdotes y rentas, ritos y ceremonial. La historia del pueblo, sus costumbres agrícolas, caminos, régimen político, sistemas administrativos, legislación y concluye con datos acerca de Pachacutec y sus sucesores.

Opíñese lo que se quiera sobre la originalidad de datos de fray Bartolomé de las Casas en su *Apologética* o en sus *Antiguas gentes del Perú* —que para el caso que nos ocupa son idénticas—, no puede de ninguna manera negarse la enorme importancia que tiene su libro. Que no conoció a los indios del Tuhuantinsuyu, que glosó tendenciosamente algunos párrafos de sus elementos informativos, es muy cierto; pero también es cierto que conocía, y muy bien, a los indios del Caribe y de la América Central, y ese conocimiento le colocaba en situación de opinar también sobre los del Perú.

Por el dicho conocimiento sabía lo que había pasado y estaba pasando con los indios conquistados por Pizarro. De allí que los haya incluido de hecho dentro de su defensa, por estar a su vez dentro de su interpretación sociológica, considerándolos como un todo homogéneo, una sola y misma cosa, unas víctimas comunes a las cuales había que defender a toda costa en nombre, no sólo del derecho, de la justicia, de la religión, sino de la misma naturaleza y de la realidad científica que siglos después le darían plenamente la razón.

Es de sobra sabido que a fray Bartolomé de las Casas se le ha tomado como el iniciador de la "leyenda negra", del descrédito de España en lo

²⁹ Marcos Jiménez de la Espada.—Prólogo a *De las antiguas gentes del Perú*; págs. XV y sig.

que respecta a la conquista y colonización de América,³⁰ leyenda de la cual se harían eco tantos y tantos escritores de la época y aun de los tiempos que corren. Apenas si podemos citar de paso a Montaigne,³¹ a Voltaire,³² a Montesquieu,³³ al abate Raynal,³⁴ Robertson³⁵ y basta, pues de seguir la lista se haría interminable. Como una reacción contra esta campaña considerada como difamatoria se publicó en 1609 el trabajo del célebre don Francisco de Quevedo y Villegas titulado *España, defendida*.

Entre los defensores de España, que también son numerosísimos, apenas si vamos a citar a uno de sus espíritus más selectos, a Saavedra Fajardo, quien en pleno siglo xvii se siente herido por las cosas que el obispo de Chiapa había publicado. En su *República literaria* protesta contra los escritores vendidos o aduladores del extranjero; pero en su obra más conocida, cual es las *Empresas*, se refiere en concreto a Las Casas y a su acusación, la misma que califica como “ingeniosa u nociva traza, aguda malicia que en los ánimos sencillos obró malos efectos, aunque los prudentes conocieron luego el engaño desmentido con el celo de la religión y justicia que en todas partes muestra la nación española, no siendo desigual a sí misma en las Indias”.

Y refutando los ataques, añade: “No niego que en las primeras conquistas de América sucedieran algunos desórdenes, por haberlas emprendido hombres que, no cabiendo la bizarría de sus ánimos en el mundo, se arrojaron, más por permisión que por elección de su rey, a probar su fortuna con el descubrimiento de nuevas regiones, donde hallaron idólatras más fieros que las mismas fieras, que tenían carnicerías de carne humana, con que se sustentaban, los cuales no podían reducirse a la razón si no era con la fuerza y el rigor.” Prosigue refiriéndose a la protección que las leyes daban a los indios, etc.³⁶

³⁰ Julián Juderías.—*La leyenda negra*; Barcelona, 1917, pág. 307.

³¹ Montaigne.—*Ensayos*; trad. esp.; París, s/d, vol. II, págs. 281 y sig.

³² Voltaire.—*Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, tc.; incluido en *Oeuvres complètes*; París, 1835, vol. III, pág. 429.

³³ Montesquieu.—*El espíritu de las leyes*; trad. esp. Madrid, s/d, vol. II, pág. 149; vol. III, págs. 12, 154, etc.

³⁴ G. T. Raynal.—*Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*; París, 1820. Los párrafos referentes a España se encuentran sobre todo, a lo largo de los volúmenes III y IV.

³⁵ Guillaume Robertson.—*Histoire de l'Amérique*; trad. fr. Lausanne, 1778, vol. IV, págs. 146, 147, 181, etc.

³⁶ Diego Saavedra Fajardo.—*Empresas políticas*; Empresa XII; *Obras completas*, Madrid, 1946, pág. 224.

Muy notable la actitud de Quevedo, de Saavedra Fajardo y de tantos que salieron a romper lanzas por el buen nombre de la Madre Patria.³⁷ Es sabido que las cifras de Las Casas fueron demasiado exageradas; pero los hechos denunciados eran ciertos en sí, y tan ciertos que muchos de ellos continúan hasta hoy, pese a más de un siglo de esa *soi-disant* vida republicana que llevamos.³⁸ Las Casas, en el fondo de su campaña, no mentía, y la fuerza de una verdad que era fuego y pasión en su noble espíritu hizo que venciése a su contendiente Ginés de Sepúlveda y demás teólogos que a éste acompañaban.³⁹ Las Casas tuvo toques y actitudes verdaderamente mesiánicas.

Por eso es muy merecido que generaciones y generaciones de americanos vengan prodigando homenajes a su memoria, pese a sus detractores, quienes, a su modo, no hacen sino contribuir a exaltar su recuerdo por encima de la América toda. Además esa unidad racial de todos los indios de América que proclama, y su valor como elemento humano, hace que sus conceptos y conclusiones, sea que se refieran al Norte o al Perú, tengan un valor positivo para la sociología boliviana.

Uno de los más famosos cronistas de Indias es Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, nacido en Madrid en agosto de 1478; desde joven actuó en la Corte, en la cual conoció a Cristóbal Colón, y tuvo oportunidad de tratar muy de cerca a gente relacionada con las tierras recién descubiertas. Con suerte varia hace vida de soldado de fortuna en Italia, a la par que frecuenta artistas y cultiva las letras. En 1514 emprende su primer viaje a América, el mismo que habría de repetir tantas y tantas veces. Desempeñó cargos de importancia, en los cuales dejó huella notable, tanto por su acción misma, cuanto por las sugerencias que llevaba él mismo o enviaba a la Corona, proponiendo reformas sustanciales en el régimen español. Murió en Valladolid en 1557.

Fernández de Oviedo escribió numerosos trabajos de índole varia: literarios como los del género de los libros de caballería; históricos, místicos, de heráldica, linajes, etc. En el terreno que nos interesa ha dejado

³⁷ La esclavitud de los indios, primero aceptada y luego condenada por los españoles, la comprueba Silvio Zavala.—*Ensayos sobre la colonización española en América*; Buenos Aires, 1944, págs. 94 y sig.

³⁸ Por lo que a Bolivia respecta, entre la numerosa bibliografía que sobre el tema existe, apenas citaremos a M. Rigoberto Paredes.—*La provincia de Inquisivi*; La Paz, 1906.

³⁹ Lewis Hanke.—*La lucha por la justicia en la conquista de América*; trad. esp., Buenos Aires, 1949.

un *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, de 1525,⁴⁰ y su *Historia General y Natural de las Indias*, la misma que ya había comenzado a publicar cuando le sorprendió la muerte. La edición completa, a cargo de la Real Academia de la Historia, se debe al esfuerzo y estudio de don José Amador de los Ríos (Madrid, 1851-1854; 4 vol.), reeditada en nuestros días por la editorial Guaranía en 1945,⁴¹ edición que manejamos.

Las actuaciones varias de Fernández de Oviedo y Valdés en su casi totalidad fueron en las Antillas y las riberas del Caribe; no conoció el Perú, razón por la cual sus noticias acerca de estas tierras no pasan del género expositivo, de referencias, sin datos de tan gran valor concreto como los que abundan en su citada *Historia* al referirse a los lugares y pueblos que conoció personalmente.

Relata la expedición de Diego de Almagro a la conquista de Chile y de cómo, desde su punto de partida en el Cuzco, envió a Paria al capitán Johan de Saavedra a proveerse de muchas cosas, sobre todo de ovejas, "de que abunda aquella comarca". De la provincia del Callao dice que "tiene buena disposición e sitio; hay en ella una laguna que tiene quarenta leguas de circunferencia y es dulce y fondable e de mucho pescado; y en una isleta que dentro se hace, tiene aquella gente la principal casa de sus ydolatrías y sacrificios, y es de mucha veneración entrellos, e van allí como en romería desde muy léxos tierra. Los hombres de aquella provincia es generación crescida e viciosa e de torpe entendimiento: quedaron de paz e vassallos de Sus Magestades e de la corona Real de Castilla". Agrega también que en tal provincia hay "tanta moltitud de ganado, que en toda la tierra antes ni después jamás se vio tal cosa, pero que cogen poco maíz".

De la provincia de Paria expresa que "es algo poblada e pobre, aunque de buena gente e bastecida de pan de mahiz e ganado. Hay algunas minas de plata en ella, pero pobres e poca posibilidad de gente para las labrar". Prosigue la expedición de Almagro por tierras hoy llamadas de Aullagas, las mismas que son muy pobladas, "e los naturales della de mediana estatura: son pobres, pero cogen pan de su mahiz e tienen ganados: e vinieron de paz, y el delantado los admitió a ella en nombre de sus Magestades e quedaron pacíficos e vassallos del ceptro real de Castilla". En Tupiza descansaron dos meses, reponiéndose y esperando el

⁴⁰ Publicado por Enrique de Vedia.—*Historiadores primitivos de Indias*; Madrid, 1931, vol. I, págs. 471 y sig.

⁴¹ Aunque el pie de imprenta es de Asunción del Paraguay, parece que la edición fue hecha en Buenos Aires.

resto de la tropa.⁴² Relata asimismo lo mucho que se contaba en todo América sobre la riqueza de las minas de plata de Charcas.⁴³

Su moderno editor, el conocido escritor paraguayo José Natalicio González, juzga a Fernández de Oviedo y Valdés como “una típica figura del Renacimiento español”. Desprecia al autóctono, pues “relata las cosas con un sentido imperial de la vida; que condena a la muerte o a la destrucción a cuanto se opone al dominio universal de la Europa”.⁴⁴ Como quiera que no conoció la tierra de lo que hoy es Bolivia, apenas se hace constar aquello que por referencias llegó a opinar Fernández de Oviedo acerca de los pobladores del Kollasuyu.

III

En cuanto a la *Historia Natural y Moral de las Indias*, del Padre José de Acosta, considerado como uno de los precursores de la sociología española,⁴⁵ es algo de lo mejor que para las informaciones sociológicas háyase escrito con carácter general entre los cronistas de esa época. La primera edición de su libro se remonta a 1590, en Sevilla, existiendo innumerables reimpresiones y traducciones. El jesuita Acosta había nacido en Medina del Campo en 1539 y murió en Salamanca en 1600. Feijóo llamóle “el Plinio del Nuevo Mundo”, por sus enormes conocimientos en las cosas y asuntos de Indias. En su libro *De Natura Novi Orbis*, etcétera (Salamanca, 1588), o sea la versión latina de su *Historia*, sienta los sillares de lo que habría de llamarse después “ciencia misional”, a cuyo efecto estudia el carácter, costumbres, capacidad, inteligencia, etc., de los indios del Perú, los que parece conoció mejor que los demás del continente.

El valor de los datos de Acosta para la ciencia social es apreciado por un polígrafo boliviano cuando dice: “La filosofía con que Acosta describe las topografías y climas de estos países, y con la cual acierta a darse cuenta de sus religiones y sociabilidad, no se sale del orden que

⁴² Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.—*Historia Natural y General de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*; Asunción del Paraguay, 1945, vol. XII, págs. 173 y sig.; *passim*.

⁴³ *Ibidem*; vol. XIII, pág. 53.

⁴⁴ *Ibid.*, vol. I, págs. 13-14.

⁴⁵ Joaquín Costa.—*El colectivismo agrario en España*; Madrid, 1915, págs. 74-75.

es propio de la evolutiva condición del ser humano. Y desde este reducto altísimo en su tiempo, y por senderos que hoy llamaríamos antropológicos, y maravillado, al revés de los aventureros conquistadores, de ver tanto orden y razón en los indios, el autor trae a concurso comparativo las naciones organizadas de México y el Perú. De la orquestación de todos estos colores elementales de cultura, si puede decirse, resulta a sus ojos, en clarísima unidad, establecido el concepto sobre el grado sociológico de civilización alcanzado por el hombre en el nuevo mundo.”⁴⁶

Todo el libro primero de su *Historia* se ocupa de investigar el origen de los indios del Nuevo Mundo, analizando todas las hipótesis hasta entonces conocidas, teológicas y patrísticas. Para ello se remonta a las primeras concepciones del mundo, a la teoría de los antípodas y a lo que al respecto pensaban los doctores de la Iglesia. Una por una va destruyendo todas las teorías sobre el origen del hombre americano y llega a la conclusión de que los pobladores de las Indias Occidentales probablemente se originan en las cercanías de las otras Indias, de donde poco a poco pasaron a América en épocas salvajes, por lo cual no guardan semejanza entre los diferentes desarrollos culturales que demuestran. Pero esta afirmación está hecha en forma tan escéptica, que de lejos se ve que, en resúmenes cuentas, el Padre Acosta no se decide por ninguna teoría y más bien cree no saberse nada de positivo acerca del origen de estos indios.⁴⁷

Los otros libros tratan de lo que más propiamente se llamaría *historia natural* de las Indias, o sea sobre su aspecto y caracteres geográficos, sus vientos, mares, lagos, ríos, condiciones de la tierra, etc. Al referirse a lo que hoy es Bolivia en su parte altiplánica, dice: “Pasada la ciudad del Cuzco (que era antiguamente la corte de los señores de aquellos Reynos) las dos cordilleras que he dicho se apartan una de otra, y dejan en medio una campaña grande o llanadas, que llaman la provincia del Callao. En éstas hay cantidad de ríos, y la gran laguna Titicaca, y tierras grandes, y pastos copiosos; pero aunque es tierra llana, tiene la misma altura y destemplanza de la sierra. Tampoco cría arboleda, ni leña; pero suplen la falta de pan con unas raíces que siembran, que llaman papas, las cuales debajo de la tierra se dan, y éstas son comida de los indios, y secándolas y curándolas hacen de ellas

⁴⁶ Gabriel René-Moreno.—*Bolivia y Argentina, Notas biográficas y bibliográficas*; Santiago, 1901, págs. 251-252.

⁴⁷ Fray Joseph de Acosta.—*Historia Natural y Moral de las Indias*; Madrid, 1894, vol. I, pág. 110 y sig.

lo que llaman chuño, que es el pan y sustento de aquella tierra. También se dan otras raíces y yerbezuelas, que comen. Es tierra sana, y la más poblada de las Indias, y la más rica, por la abundancia de ganados, que se crían bien, así de los de Europa: ovejas, vacas, cabras, como de los de la tierra, que llaman guancos y pacos; hay caza de perdices harta. Tras la provincia del Callao viene la de los Charcas, donde hay valles calientes y de grandísima fertilidad, y hay cerros asperísimos, y de gran riqueza de minas, que en ninguna parte del mundo las hay, ni ha habido mayores, ni tales.”⁴⁸

Extensamente se ocupa de los metales en largas páginas, y sobre todo de las maravillosas minas de plata del Perú, los sistemas de extracción y beneficio mineral, cantidades conseguidas, y la gran ventaja que tiene el método de la amalgación, para lo cual habla de lo que es el mercurio, su obtención de Huancavélica y el procedimiento seguido para el logro de la plata.

Naturalmente que todo ello es el hablar de Potosí, cuyo descubrimiento cuenta debido al indio Gualpa al arrancar unos arbustos del “cerro de la mayor riqueza del mundo”.⁴⁹ Rechaza la leyenda o fábula aquella que atribuye a las voces que dio la montaña el no haber sido explotado por los incas.

Pinta Potosí como lugar rigidísimo, tanto por su altura cuanto por estar azotada su planicie por los vientos *tomahavi*. Y añade: “Su habitación es seca, frío y muy desabrida, y del todo estéril, que no se da ni produce fruto, ni grano, ni yerba; y así, naturalmente, es inhabitable por el mal temple del cielo, si con su codicia todas las otras cosas ha poblado aquel cerro de la mayor población que hay en todos aquellos Reynos, y lo ha hecho tan abundante de todas comidas y regalos, que ninguna cosa se puede desear que no se halle allí con abundancia; y siendo todo de acarreto, están las plazas llenas de frutas, conservas, regalos, vinos excesivos, sedas y galas, tanto como donde más. Tendrá la dicha población dos leguas de contorno; en ella es el mayor concurso y contratación que hay en el Perú.”⁵⁰

Con referencia al laboreo de las minas por los indios, dice: “Trabajan allí dentro, donde es perpetua oscuridad, sin saber poco ni mucho cuando es día y cuando es noche. Y como son lugares que nunca los visita el Sol, no sólo hay perpetuas tinieblas, mas también mucho frío,

⁴⁸ *Ibidem*, I, 238-239.

⁴⁹ *Ibid.*, I, 309

⁵⁰ *Ibid.*, I, 306, 307, 308; *passim*.

y un aire muy grueso, y ajeno de la naturaleza humana; y así sucede marearse los que allá abajo entran de nuevo, como a mí me acaeció, sintiendo bascas y congojas de estómago. Trabajan con velas siempre los que labran, repartiendo el trabajo, de suerte que unos labran de día y descansan en la noche, y otros al revés.”⁵¹

Acerca del transporte del mineral desde el fondo de los socavones hasta el exterior del cerro, añade Acosta: “Saca un hombre carga de dos arrobas atada la manta a los pechos, y el metal que va en ellas a la espalda, suben de tres en tres. El delantero lleva una vela atada al dedo pulgar para que vean, porque, como está dicho, ninguna luz hay del cielo, y vanse asiendo con ambas manos, y así suben tan grande espacio, que, como ya dije, pasa muchas veces de ciento y cincuenta estadios;⁵² cosa horrible, y que sólo pensarla pone espanto; tanto es el amor del dinero, por cuya recuesta se hace y padece tanto.”⁵³ A guisa de comentario, copia unas descripciones de Plinio que parecen hechas como por encargo para el Cerro Rico. Pero ni una palabra de condenación por lo brutal del sistema, por el trato a los indios, así como sobre la *mita*. Como buen jesuita, el Padre Acosta guardó sobre todo ello prudente silencio. ¡No era del temple de alma de fray Bartolomé de las Casas!⁵⁴

El libro quinto con que se inicia el segundo volumen trata de las idolatrías indígenas, y, como de costumbre, Acosta se remonta a los orígenes de ella en la Humanidad y a sus explicaciones teológicas, para seguir con las que encontraron los españoles en México y el Perú. El libro sexto se refiere a la cultura y civilización⁵⁵ de aztecas y peruanos, con su manera de contar el tiempo, sus construcciones y obras públicas, estructura económica, comunicaciones, legislación, cronología de sus gobernantes, etc., dedicando a los mexicanos mucha mayor extensión que

⁵¹ *Ibid.*, I, 321.

⁵² Un estadio o estado equivale aproximadamente a 1.98 metros.

⁵³ Acosta.—*Historia*, etc.; I, 322.

⁵⁴ En el Potosí de fines del siglo XVI hubieron jesuitas que predicaron públicamente contra muchos abusos que se cometían con los infelices indios. Véase Luis Capoche.—*Relación General del asiento y Villa Imperial de Potosí y de las cosas más importantes a su gobierno*, etc.; Potosí, 1585. Archivo General de Indias, Sevilla, Charcas 134. MS.

⁵⁵ Estos conceptos los tomamos en el sentido spengleriano. “Kulturen sind Organismen. Weltgeschichte ist ihre Gesamtbiographie. Die Zivilization ist das unabweichliche Schicksal einer Kultur. Zivilizationen sind die ausserdten und Kunstlichsten Zustände, deren die höhere Art von Menschen fähig ist”. Oswald Spengler.—*Der Untergang des Abendlandes*, etc.; citado, vol. I, págs. 141 y 42.

a los incas. Declara Acosta que su principal fuente de información sobre las cosas peruanas ha sido Polo de Ondegardo.⁵⁶

Analizando la forma de trabajo, distribución de él y de la riqueza pública entre los incas, no oculta su admiración por tal régimen, pues dice: "Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan notable y pródigo gobierno, pues sin ser religioso, ni cristiano, los indios en su manera guardaban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia y proveer a todos lo necesario, y sustentar tan copiosamente las cosas de la Religión y las de su Rey y Señor."⁵⁷

Los defectos de administración los achaca Acosta a la ignorancia que se tiene de las cosas de los indios, pues "entramos por la espada sin oírles ni entenderles"; defiende a los naturales del concepto peyorativo en que se los tenía de carecer de entendimiento, pues dice que lo tienen y muy bueno. Hace hincapié en la necesidad que existe de conocer "las leyes, costumbres y policía de los indios", con el objeto de "ayudarlos y regirlos por ellas mismas, pues en lo que no contradicen a la Ley de Cristo y de su Santa Iglesia deben ser gobernados conforme a sus fueros, que son como sus leyes municipales. Por cuya ignorancia se han cometido yerros de no poca importancia, no sabiendo los que juzgan, ni los que rigen por dónde han de juzgar y regir sus súbditos. Que además de ser agravio y sin razón que se les hace, es en gran daño de tenernos aborrecidos como a hombres que en todo, así en lo bueno como en lo malo, les somos y hemos siempre sido contrarios."⁵⁸

Durante la permanencia de Acosta en el Perú tomósele parecer, así como a otros juristas y teólogos, acerca de la libertad que los indios de Potosí podían tener para comerciar con minerales en dicha plaza. En su dictamen Acosta expresa: "Sería contra la razón y la conciencia estorbar a los indios su lícito trato y aprovechamiento, pues son personas libres y vasallos de Su Majestad, y en lo que ser pudiera han de ser favorecidos, viviendo nosotros en su tierra y enriquecernos de ella y de sus trabajos, y sobre todo estando en uso y posesión de tantos años los indios de la dicha contratación y rescate",⁵⁹ conceptos estos que honran altamente el talento y el espíritu del padre jesuíta José de Acosta.

No cabe duda que Acosta fue quien miró las razas y costumbres de los indios de estas comarcas con ojos realistas y no de explotador ni de fanático. Con visión superior a su época, comprendió había que juzgar

⁵⁶ Acosta.—*Historia*, II, 143.

⁵⁷ *Ibidem*; II, 189.

⁵⁸ *Ibid.*, II, 142-143.

⁵⁹ Luis *Capoche*.—*Relación*, etc., citada, MS, en A.F.I., fol. 69 vuelto.

espíritu y hábitos en función del medio y del tiempo, como diríamos hoy utilizando la terminología positivista que tanto popularizara Taine, y, en consecuencia, pedía una adaptación a base de comprensiva generosidad y no una destrucción. En Acosta el estadista y el sociólogo, si es permitido al anacrónico calificativo, eran muy superiores al clérigo.

Aunque sin interés específico para lo que hoy es Bolivia, lo tiene, y mucho, en general para la América toda, el libro de Bernardo Vargas Machuca *Milicia y descripción de las Indias*, cuya primera edición es de Madrid en 1599. Vargas Machuca era natural de Simancas, en donde nació en 1555. Estudió en Valladolid, guerreó en Italia, pasó a Indias, en las cuales trabajó y combatió mucho; retornó a la metrópoli, en donde escribió variadas obras, algunas de las cuales aún permanecen inéditas, mientras otras se han publicado, e incluso reeditado, como, por ejemplo, su célebre tratado de equitación titulado *Ejercicios a la jineta*, juzgado elogiosamente por los técnicos de la materia. Vargas Machuca falleció en Madrid en 1677.

Nuestro autor mira las cosas de Indias con ojos de militar, y de allí que considere en primer lugar las condiciones que en tales tierras debe tener un caudillo, como ser nobleza, fortuna, liberalidad con sus soldados, resistencia física, prudencia, afabilidad y espíritu resuelto, a las cuales añade “ser dichoso, secreto, cauteloso, ingenioso, honesto”.⁶⁰ Continúa después con los métodos para formar buenos soldados, así como los elementos propios de la guerra, tales armas, municiones, medicamentos, movilidad, herramientas, etc. Se extiende largamente sobre la forma y modo de los desplazamientos de tropas a través de tierras que están en paz. Enseña sistemas para el cruce de los ríos, así como para la ubicación y establecimiento de castros.

Con referencia a la lucha misma, no trata de batallas campales, las mismas que ya no se conocían en Indias, sino de las emboscadas y “guazavaras”, que constituían la forma habitual de pelear de los indios, y en cuya técnica tenían excepcional habilidad, a tanto que con ella muchas veces equiparaban la diferencia de armas. Vargas Machuca consideraba esencial para los intereses de la Corona el poblar las tierras y fundar ciudades, y para ello no se cansa de recomendar se haga lo posible por conquistarse la buena voluntad de los indios, de los cuales hay que hacerse amigos y defenderlos de otros que los ataquen. Da muchos detalles acerca del procedimiento de fundar ciudades.

⁶⁰ Bernardo de Vargas Machuca.—*Milicia y descripción de las Indias*; reedición. Madrid, 1892, vol. I, pág. 104.

Un capítulo especial dedica Vargas Machuca a “calidades y costumbres de los indios en general”. Dice que los de tierras calientes son más blancos que los de las alturas, pues los bosques los preservan mejor del sol; que, además, si bien es cierto que son más bárbaros, se caracterizan también por ser más dadivosos y liberales. Considera a los indios como seres poco menos que inferiores; “gente puerca, sin honra, los más principales mienten en cuanto dicen y prometen. Son muy amigos que el español les guarde la palabra, no sabiéndola ellos guardar”. Los considera muy inclinados a la hechicería, citando numerosos casos. Sigue con una cantidad de referencias acerca de varias costumbres que más son propias de los indios del Nuevo Reino de Granada, entre los cuales parece que tuvo mayor experiencia personal el autor.

Los califica como supersticiosos, relatando casos concretos en prueba de su aserto, detallando algunas costumbres relativas a ritos que tienen relación con el nacimiento y la muerte. Reconoce en los indios disposiciones artísticas, pues “hay grandes maestros artífices de toda cosa. Grandes músicos de trompetas y menestres y trompetillas, con que ofician una misa”. Añade que “escriben y leen mucho, y algunos han dado en saber tanto que les han quitado el estudio”, lo cual vendría a significar mucho y bueno acerca de la capacidad intelectual del aborigen. Considera Vargas Machuca a los indios como de poco espíritu para resistir a las enfermedades, pues se dejan estar y morir, y agrega este detalle de una elocuencia verdaderamente macabra: “Algunas naciones tienen por costumbre matar a las hijas cuando nacen, porque no haya multiplico, diciendo que de esta manera acabarán y no servirán a los cristianos.”

Vargas Machuca juzga a los indios como “gente sin género de virtud, cuando no tienen miedo, y cuando lo tienen es gente humilde para todo”. Como dato curioso trae que “en muchas partes tienen los indios por opinión que los micos y monos es casta de gente y que porque no les hagan trabajar no quieren hablar”, lo que dice más que un volumen sobre la condición y psicología del indio. Con referencia a la música, declara que “usan sus músicas antiguas en sus regocijos y son muy tristes en la sonada, y cuando cantan son guerras pasadas con indios y españoles; lloran, y lo que cantan son unas veces las pérdidas y otras sus victorias. En la guerra usan de caracoles, fotetes y tamborettes”.⁶¹

En una palabra, la obra de Vargas Machuca, por su índole especial militar, es de gran importancia para el estudio de la sociología general

⁶¹ Ibidem; vol. II, págs. 76, 80, 88, 89, 92, 96, 97 y 95; *passim*.

de América y es dentro de ella que tiene cabida en estas páginas. Sus descripciones y usos de las armas indígenas han sido aprovechadas inteligentemente por un escritor moderno.⁶²

IV

Uno de los libros más extraños que con carácter general abarquen el Nuevo Mundo es el del dominico fray Gregorio García. Nació en Baeza en fecha no averiguada, y en la misma población murió en 1627. Dentro de las obligaciones de su orden sirvió en Nueva España y en el Perú. Dedicado a estudios e investigaciones, escribió libros tan raros que llegan a los límites de lo extravagante; por ejemplo, aquel que se titula *Predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo viviendo los Apóstoles*, obra de la cual ha llegado a decirse que si alcanzó éxito se debió a lo disparatado que era.⁶³

Publicó muchas cosas fray Gregorio García; pero por lo que a nuestro tema respecta, interesa lo siguiente: *Origen de los Indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales, averiguado con discurso de opiniones*, etcétera; la primera edición es de Valencia en 1607, y la segunda, corregida y ampliada, de Madrid, en 1729. Trátase de una obra sumamente curiosa. Sea suficiente el mencionar que significan alrededor de 2,000 nombres a los cuales hace referencia en el texto de su libro, número ya un poco asombroso aun en época de tantos eruditos. La edición que manejamos, la de Madrid de 1729, es a doble columna; pero como a cada lado lleva las referencias de sus citas, y ellas son tan numerosas y nutridas, en realidad se trata de un texto y notas que hacen un formato real de cuatro columnas.

Comprende cinco libros, cada uno de ellos dividido en variados capítulos, y cada uno de éstos a su vez en innúmeros párrafos. En general, en todo el libro, si bien disfrazada de humildad clerical, campea una satánica soberbia de quien ha leído y sabe más que nadie, tiene plena conciencia de ello. Hay una secreta y hasta morbosa alegría en este fraile en citar una opinión y a su alrededor acumular montañas de erudición de toda índole, sea en su favor o en contra. Y allí vemos no sólo a la

⁶² Alberto Mario Salas.—*Las armas de la conquista*; Buenos Aires, 1950.

⁶³ Acerca del tema puede consultarse Carl Maria Kaufmann.—*Amerika und Urchristentum, Weltverkehrswege des Christentums nach den Reichen der Maya und Inka in vorkolumbischer Zeit*; Muenchen, 1924.

antigüedad clásica en todos sus escritores de sobra conocidos, sino a filósofos, naturalistas y a cuanto ser humano se le ocurrió escribir en esa época y que haya llegado hasta nosotros. Algo más: toda la patrística, tanto griega como latina; los exégetas, los comentaristas de los textos bíblicos, así como los tratadistas de la escolástica medieval, y tanto teólogo y jurista de todos los países y de todos los tiempos, todos han sido utilizados en este libro.

En la forma y modo que García tiene de exponer sus planteamientos, observaciones, réplicas y afirmaciones se nota la suficiencia del autor en una especie de narcisismo literario o científico, si así quisiera llamárselo, en el cual campea muy a sus anchas seguro de que nadie puede replicarle lo más mínimo, sin ser al instante triturado por la omnisciencia del autor. El sistema de exposición de García es extravagante, pues plantea una hipótesis y a renglón seguido todas las objeciones que pudieran hacérsele, objeciones que va destruyendo una por una; cuando las ha deshecho todas, pasa a otra hipótesis, y con ella emplea el mismo procedimiento: destroza todas las objeciones. Y así van quedando todas las hipótesis como si cada una fuera la verdadera. García se proclama partidario del método inductivo.

Siendo ocioso detallar tantas, apenas si nos referimos a aquella relativa a que los indios americanos “proceden de las diez tribus de los judíos que se perdieron en el cautiverio de Salmanasar, Rei de Asiria”,⁶⁴ tesis que remontaría su antigüedad en el Nuevo Mundo al siglo VIII, A. J.⁶⁵ Una idea semejante tenía también el escritor boliviano Pazos Kanki.⁶⁶ Añade García que después de haber escrito sobre el asunto se encontró con que Gilberto Genebrardo “en su Cronología, tiene por probable esta opinión”. Este Genebrardo fue un benedictino francés del siglo XVI, y la obra a la cual se refiere debe ser *Hebrea erum breve chronicon* (París, 1572), o bien *Chronographie libri Iv* (París, 1580).

Señala García como probable camino de los hebreos al Nuevo Mundo el de la Tartaria, China, etc., hasta Nueva España, tierra ésta que se consideraba muy cerca de Asia y apenas al otro lado del estrecho de

⁶⁴ Fr. Gregorio García.—*Origen de los Indios de el Nuevo Mundo*, etc. Madrid, 1729, pág. 9 y 79.

⁶⁵ Ernest Renan.—*Histoire du peuple d'Israel*; París, 1927, vol. II, págs. 522 y sig.

⁶⁶ Vicente Pazos Kanki.—*Compendio de la historia de los Estados Unidos de América*. Puesta en castellano por un Indio de la Ciudad de La Paz; París, 1825, pág. 37.

Annian.⁶⁷ Prosigue con la semejanza entre los indios y los judíos, tanto de carácter como de algunas costumbres, ritos, aspectos legales e incluso hasta filológicos. En cuanto a lo que el Padre Joseph de Acosta opina ser imposible el olvidar idioma, leyes, costumbres, religión, etc., replica García que ello puede suceder durante el largo tiempo transcurrido, como ocurre con alguna gente que se va a vivir a los desiertos, etc.

En el libro IV se ocupa de otras teorías, como la del célebre sacerdote y exégeta español Benito Arias Montano (1527-1598), director de la Biblia Políglota de Amberes, y cuya erudición se lució en el Concilio de Trento. Arias Montano sostiene que el Perú y la parte occidental de América fue poblada por un nieto de Haber, el cual a su vez es el padre de los hebreos; el nombre de Perú lo considera como una adulteración de Ophir. Añade que el Brasil fue poblado por descendientes de Sem. El Padre García trata también de la Atlántida, en cuya existencia cree. Por último saca parecido entre los pobladores de las Islas de Barlovento con la gente de España, y piensa que son las que conocieron el mundo antiguo con el nombre de Islas de las Hespérides.

Al terminar su obra bromea un rato con el lector, al cual demuestra de cómo ha defendido todas las hipótesis sin haberse pronunciado por ninguna en especial, y le amenaza con no dar la propia opinión, cosa a la cual al fin se resuelve, y lo hace en los siguientes términos: "Unos indios proceden de cartagineses, que poblaron la Española, Cuba, etc. Otros proceden de aquellas diez tribus que se perdieron. Otras proceden de la gente que pobló o mandó poblar Ophir en la Nueva España y Perú. Otros proceden de la gente que vivía en la Isla Atlántica de Platón. Otros de algunos que partieron de las partes próximas y más cercanas a la sobredicha isla, pasaron por ella a las de Barlovento, que están bien cerca de donde ella estaba, y de aquellas a Tierra Firme. Otros proceden de los griegos. Otros de fenicianos; otros de chinos y tártaros y otras naciones".⁶⁸ En una palabra, que todas las hipótesis son válidas.

El libro V trata de las creencias de las diferentes naciones de indios del Nuevo Mundo acerca de propio origen; el último capítulo está dedicado a la procedencia de los indios collas, glosando opiniones de Cieza de León y Garcilaso de la Vega. Se refiere a la tradición del Diluvio; que sus antepasados salieron de una cueva, de una fuente o de una laguna; que vivían con poco orden, teniendo sus pueblos en la

⁶⁷ García.—*Origen*, etc., pág. 80.

⁶⁸ *Ibidem*, pág. 315.

cumbre de los cerros, llevando una existencia viciosa y de continuas guerras entre sí, hasta ser dominados por los incas, de quienes aprendieron sus costumbres.⁶⁹

La obra de fray Gregorio García es sumamente interesante por más de un concepto y por más que sus fundamentos y conclusiones científicas dejen mucho que desear ante nuestro criterio moderno. En todo caso aporta una gran cantidad de datos e informaciones y numerosos derroteros de investigación para los que quieran profundizar el tema. Por todo ello siempre será buscada y leída, a pesar de la suficiencia del autor y de su indigesta erudición.

Mención especial merece el jesuita Bernabé Cobo, autor de una *Historia del Nuevo Mundo*, que en su mayor parte está dedicada a cosas del Perú. Cobo nació en Lopera, pueblo de la provincia de Jaén, en 1582. En 1596, con sólo trece años de edad, viajó a América; recorrió las islas y costas del Caribe, y en 1599 lo encontramos en Lima estudiando en un colegio de jesuitas. En 1612 obtiene las sagradas órdenes; sirve en Juli, Potosí, Cochabamba, Oruro, La Paz, así como en Arequipa, Pisco y Callao. Recorre todo el Perú y en 1630 es trasladado a Nueva España, de donde retorna nuevamente al Perú, falleciendo en Lima, en 1657, después de haber pasado sesenta y un años en América.

Según Torres Saldamando, “el Padre Cobo durante el tiempo que recorrió el Perú, Tierra Firme, Nueva España y las principales Antillas estuvo dedicado a estudiar el suelo que pisaba, su geografía, meteoros, animales, plantas, minerales y a sus habitantes y costumbres, con el objeto de escribir una historia en la que se desvanecieran falsas y exageradas noticias que de aquellos países se propagaban en Europa y de las cuales había sido víctima. Cobo escribió aquella obra titulándola *Historia General de las Indias*, la que concluyó en 1636 después de treinta años de trabajo. De la segunda parte, de las en que dividió a aquella, extractó la *Historia de la fundación de Lima*, la que dedicó en México el 24 de enero de 1639 al doctor don Juan de Solórzano Pereira. Sin embargo, siguió perfeccionando ambas hasta después de 1653, según parece por las referencias que se hacen en las dichas *Historias*..”

“También escribió Cobo diez volúmenes de *Botánica*, que se suponen perdidos. De la *Historia general* sólo se ha publicado por don Antonio José Cabanilles la *Descripción del Perú* en el tomo VII de los *Anales de Historia Natural*, que publicó en Madrid de 1799 a 1804, y comprende 344 páginas, con más cuatro láminas. La obra completa se conserva

⁶⁹ *Ibidr.*, 335.

inédita en la Biblioteca del Rey de España.”⁷⁰ De ese encierro sacóla para darla a luz la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, quien la publicó en Sevilla entre 1890 y 1895 con el título de *Historia del Nuevo Mundo*, en cuatro volúmenes que abarcan un total de informaciones tanto físicas como étnicas, históricas y sociológicas sobre Indias y muy en especial acerca de nuestras tierras. La edición fue dirigida por don Marcos Jiménez de la Espada.

Después de muchos datos de carácter general acerca de los indios aborígenes, da referencias sobre las guerras de Pacha Kutec para conquistar el Kollasuyu, deteniéndose en diversos incidentes de la batalla de Pucara.⁷¹ Asimismo trata de la rebelión de esta tierra en tiempos de Tupac Amaru Yupanqui y mientras inútilmente pretendía conquistar a los chiriguano. Los collas sublevados “mataron a los gobernadores puestos por el Inca y juntaron las fuerzas para su libertad”.⁷² La lucha adquirió entonces rasgos de extremada crueldad y con varia suerte, hasta que al fin Tupac Yupanqui, que por un golpe de estado había sucedido a su poco capaz hermano, acabó con la resistencia de los collas revoltosos.

Para esto el Inca se valió de la estratagema de presentar mujeres fáciles a los centinelas de la fortaleza de Aroncata, en donde estaban refugiados los collas, y considerada como inexpugnable; los centinelas se dejaron tratar y descuidaron la guardia, pudiendo ingresar entonces en el recinto los soldados del Inca, quienes mataron a todos los allí asilados.⁷³ Esta debilidad por lo femenino nos da mucha luz sobre el carácter de esos hombres y lo susceptibles que eran a las tentaciones de la carne, como cualquier mortal. Además Cobo nos enseña muchos detalles sobre hábitos y costumbres varias, entre las cuales y al azar apenas citaremos las que se refieren a los cuidados que debían tenerse con el ganado y la distribución de la lana entre la comunidad.⁷⁴

Algo horripilante es la contribución de sangre humana en niños o niñas menores de diez años que todo el imperio decía dar para los sacrificios humanos a sus dioses, como para repartimiento entre sacerdotisas

⁷⁰ Enrique Torres Saldamando.—*Los antiguos jesuitas del Perú*; Lima, 1882, págs. 99, 100 y sig. Una nota bibliográfica de Gabriel René Moreno acerca de Cobo, conserva inédita el autor de estos apuntes.

⁷¹ P. Bernabé Cobo.—*Historia del Nuevo Mundo*; Sevilla 1893, vol. III, pág. 164-165.

⁷² *Ibidem*; pág. 168.

⁷³ *Ibid.*, III, 171.

⁷⁴ *Ibid.*, III, 251 y sig.

del culto y mujeres del Inca y sus allegados y favorecidos. “Y esta es la principal razón de la poca guarda que tienen con sus hijas; antes afirmaban que holgaban de verlas corrompidas sin tiempo, porque de esa suerte estaban seguras del *apu-panaca*, por ser requisito sin el cual no las acogía el estar vírgenes; y esto no con más intento que servirse de ellas en tanto que tenían edad para casarse; porque tampoco en esto tenían los padres ni ellas libertad.”⁷⁵ La crueldad del Inca en sus represiones las detalla Cobo en tal forma,⁷⁶ que evoca las de Gengis Khan y los emperadores mongoles.

Capítulo especial dedica Cobo a los templos de Copacabana, llamando así por razón de vecindad geográfica a los que, construídos por los incas, se encuentran en las islas de *Titicaca* y en la *Coatá*, o del Sol y de la Luna, como se las llaman modernamente. Cuenta las leyendas que originaron el carácter sagrado de tales islas y las luchas con los collas por razones políticas, pero con oscuras concomitancias religiosas. Con verdadera fruición de investigador científico detalla Cobo la forma y modo como los incas convirtieron esos altares ajenos en adoratorios propios y crearon otros más. Señala también la forma de las construcciones que allí se edificaron y el estado a que han sido reducidas.⁷⁷

A continuación consagra Cobo otro capítulo a las ruinas de Tiahuanacu, las mismas que visitó no sólo con atención, sino que estudió minuciosamente, pues nos da dimensiones y características arquitectónicas de muchos de sus monumentos. Afirma que es anterior a los incas y que en ese entonces se llamaba *Taypicala*, o sea “piedra de en medio”. Dos cosas llaman profundamente la atención de Cobo en Tiahuanacu: “la primera, la grandeza admirable de las piedras y de toda la obra; y la segunda, su grande antigüedad”. Y añade: “Yo confieso que no entiendo ni alcanzo con qué fuerzas pudieron traer ni qué instrumentos ni herramientas bastaran a labrarlas, donde no se conoció el hierro; y habremos de confesar que antes que las labrasen y pusiesen en perfección eran mucho mayores, para venir a quedar después de labradas con la forma y tamaños que las vemos.”⁷⁸

Con referencia al origen de Tiahuanacu, un espíritu tan serio y concienzudo como es Cobo se ve en dificultades, pues “por haber carecido de letras los indios, no podemos averiguar muchas de sus cosas”

⁷⁵ *Ibid.*, III, 278.

⁷⁶ *Ibid.*, III, 283.

⁷⁷ *Ibid.*, vol. IV, Sevilla, 1895, pág. 54 y sig.

⁷⁸ *Ibid.*, IV, 69 y sig.

En forma concreta agrega: “Lo cierto es que no hay memoria desto entre los indios, porque todos confiensan ser obra tan antigua, que no la alcanza su noticia.” Agrega que todos aceptan ser anterior a los incas, quienes imitaron el estilo de sus construcciones, y que incluso algunos han llegado a afirmar ser anterior al diluvio universal, existiendo leyendas de “haber remanecido en una noche hecha esta obra, otras que las piedras grandes fueron traídas por el aire al sonido de una trompeta que tocaba un hombre”.⁷⁹

Cobo cree en la remota antigüedad de estas ruinas, tanto por el desgaste que la inclemencia del tiempo ha operado en ellas, cuanto por hallarse gran cantidad de sus restos enterrados en toda la circunscripción, tal como se lo relató el cura de Tiahuanacu y tal como él mismo lo comprobó en 1610 en ocasión de estar por primera vez en dicho lugar. A esta antigüedad atribuye el ser objeto de adoración por parte de los naturales “desde tiempo inmemorial antes que fuesen conquistados de los Reyes del Cuzco, y lo mismo lo hicieron los dichos Reyes después que fueron señores desta provincia”. Concluye con que se han encontrado entre las ruinas valiosas piezas de oro y plata.⁸⁰

V

Al tratar en forma extensa de los sacrificios que hacían a sus dioses, el Padre Cobo afirma que en realidad daban y ofrecían todo, “desde el hijo que engendraban hasta las legumbres que cogían”. En forma especial se detiene en los sacrificios humanos, los mismos que se reservaban para sus dioses principales y en ocasiones memorables, como decir “cuando conquistaban y sujetaban una nación”. En estas circunstancias “escogían cantidad de los más hermosos que había entre ellos, y lo traían al Cuzco, adonde los sacrificaban al Sol por la victoria que decían haberles alcanzado”. Esto en las ocasiones grandes; en las ordinarias, “sacrificaban los niños que por vía de tributo recogía el Inca de todo su reino, y otros que voluntariamente mataban sus mismos padres, por graves necesidades que se les ofrecían”.

Y añade textualmente: “Los primeros destinados para este cruel e inhumano sacrificio, parte eran varones y parte hembras, y destas era

⁷⁹ *Ibid.*, IV, 69-70.

⁸⁰ *Ibid.*, IV, 71 y sig.

mayor el número que se mataban. Los varones eran niños de diez años para abajo, y las mujeres eran admitidas al sacrificio así niñas de la misma edad, como doncellas hasta de quince o diez y seis años, de las que se guardaban para esta carnicería en los recogimientos o monasterios de las *Mamaconas*. Los unos y los otros no habían de tener mancha ni lunar en todo el cuerpo. Dábanles bien de comer y beber antes de quitarles la vida, y a los chiquitos que no tenían edad para comer, les daban sus madres el pecho, diciendo que no llegasen con hambre ni descontentos a donde estaba el Hacedor. A los de mayor edad comúnmente procuraban emborracharlos primero. Daban con todos dos o tres vueltas alrededor del ídolo, y sacrificábanlos ahogándolos con un lazo o degollándolos; y a otros sacaban los corazones vivos, y así con ellos palpitando los ofrecían al dios a quien se enderezaba el sacrificio.

“Con la sangre destes y de los que degollaban, untaban el rostro de los ídolos y de los cuerpos embalsamados de los Señores y Reyes, cuando a ellos se ofrecían, haciéndoles una raya de la una oreja a la otra por medio de la nariz. Otras veces daban con la misma sangre a los ídolos por todo el cuerpo, y también solían derramarla en tierra, por ceremonia. Ultimamente los enterraban con oro y plata y otras cosas y con particulares supersticiones. No se podía hacer el hoyo con cobre ni con otro metal, sino con unos palos muy agudos y haciendo justamente ciertos visajes y ceremonias.”⁸¹ Y basta de tanto horror.

En forma minuciosa continúa Cobo detallando diversas formas del culto y de las creencias, extendiéndose acerca del pecado, citando entre ellos como los más graves el matar y el hurtar, así como la tibieza religiosa y desobediencia y desacato al Inca. “Aunque tenían por pecado tomar la mujer ajena y corromper doncellas, no era porque sintiesen que la fornicación de suyo fuese pecado, sino en cuanto era quebrantamiento del mandato del Inca, que prohibía esto.” Coloca a los pobladores del Callao como los más devotos de la persona del Inca, distinguiéndose en las confesiones y sacrificios que hacían cuando enfermaba o necesitaba de esa ayuda espiritual. La confesión de los pecados era muy semejante a la practicada por el culto católico, y Cobo la considera como originaria del Callao, pues sus habitantes la practicaban más que los demás y eran tenidos también “por mejores maestros deste oficio”.⁸²

Muy curioso es el relato de las ceremonias y sacrificios solemnizando la coronación de un nuevo Inca, cosa por supuesto que ocurría en el

⁸¹ *Ibid.*, IV, 78-79.

⁸² *Ibid.*, IV, 90-91.

Cuzco, y de cómo los sacerdotes que no eran de allí llevaban a sus lugares los que el nuevo señor les había asignado, y todo con grandes algarabías por parte de ellos y devota veneración por parte de los pueblos que atravesaban.⁸² Con referencia a éstos, no hay que hacerse muchas ni muy optimistas ilusiones. Ya lo dice Cobo: "Sacando la ciudad del Cuzco y algunos otros lugares grandes, que tenían forma de pueblos, todos los demás no la tenían, sino que las casas estaban amontonadas, sin orden ni correspondencia de unas con otras, cada una aparte, sin trabar ni continuarse entre sí; de modo que ni formaban calles ni plazas. Eran pequeñas como aldeas de a cien vecinos para abajo, y raros los que pasaban deste número. No tenían defensa ni castillos, murallas ni otros pertrechos para su defensa en tiempo de guerra."⁸⁴ Naturalmente que ello era muy lógico, tratándose de un régimen esencialmente agrario, en el cual no cabían grandes agrupaciones urbanas.

La descripción de cómo eran las casas en el Callao es bastante precisa en su sencillez de barro y piedra cubiertas de paja y de forma redonda, existiendo algunas grandes, propias de caciques. Cobo comenta que estas habitaciones están muy bien "para el modo de vivir, o, por mejor decir, de beber de los indios, porque sentados en muela en una de estas redondas, y arrimados a la pared, suelen estar bebiendo días y noches".⁸⁵ Al referirse a las tierras *yuncas*, como llama a los *yungas*, dice que sus habitantes "usan hamacas por cama". Claro, pues estos *yungas* o valles, generalmente profundos y muy abrigados, son tierra baja y cálida, que permite el uso de la hamaca.

Describe Cobo este adminículo esencialmente tropical y señala varias de sus muchas preciosas cualidades: "La primera, que de una vez queda hecha la cama para todo el año; la segunda, que sin carga ni pesadumbre se la lleva uno consigo donde quiera que va, y si hace camino por tierra de montaña, en un momento la arma entre dos árboles. La tercera, que como las tierras *yuncas* donde se usa más de ordinario son muy húmedas y abundantes de sabandijas ponzoñosas, duerme en ellas con más seguridad del uno y otro daño; y finalmente, son muy frescas, y por eso acomodadas a las tierras calientes." Añade que los indios peruanos "llaman *puñuna* a cualquier suerte de cama", y que el nombre de *hamaca* es tomado de la lengua de la Isla Española, cuyos moradores no tenían otro género de camas".⁸⁶

⁸² *Ibid.*, IV, 128-129.

⁸⁴ *Ibid.*, IV, 163.

⁸⁵ *Ibid.*, IV, 166-167.

⁸⁶ *Ibid.*, IV, 171-172.

Esto último es un error de Cobo, error en el cual por otra parte incurre también la Real Academia Española, pues en la 17ª edición de su Diccionario, correspondiente a 1947, dice tratarse de “voz haitiana”, mientras los Diccionarios Espasa y José Alemany hacen derivar la palabra “hamaca” del holandés *hangmatt*, lo cual es de toda evidencia, ya que tal palabra quiere decir estera, colchón o cama colgante en todos los idiomas germánicos, concepto que corresponde exactamente a la hamaca americana. Podemos añadir que Vespucio la encontró también en las tierras que llevan su nombre,⁸⁷ y que el famoso andarín Cabeza de Vaca la halló igualmente entre los indios de la Florida en la América del Norte, cuanto en la América del Sur, y más concretamente entre los Xarayes de la parte oriental de Santa Cruz en la actual Bolivia.⁸⁸

Un corto pero sustancioso capítulo dedica Cobo a las comidas indígenas, enumerando los elementos de que consta, así como los diferentes potajes que de ellos se hacen, la mayor parte de los cuales se han perpetuado hasta nuestros días, siendo muy apetecidos. Describe las costumbres que tienen para comer, sentados en el suelo, y sólo los caciques y personas de consideración con una manta en el suelo a guisa de mantel, y a la cabecera de la mesa en los banquetes públicos, mientras los inferiores lo hacían en el suelo llano. “Duraban mucho estos banquetes, y se bebía largo en ellos hasta emborracharse. Cada uno comía y bebía a su costa, llevando a la fiesta lo que había de comer; y así no comían todos los de la mesa los mismos manjares, lo cual era ocasión de que se convidasen unos a otros con los suyos.” Detalla en seguida la forma de brindar con la clásica *chicha* y hasta la manera que tenían de sentarse.⁸⁹

Cosa muy importante es lo que escribe Cobo referente a la deformación craneana que practicaban en general los pobladores del imperio y en forma especial los collas. De éstos dice que “formaban la cabeza larga y puntiaguda, con tanto extremo, que pone admiración ver los viejos que yo alcancé con aquel uso de su gentilidad; y esto hacían porque usaban ellos de unos bonetes de lana, llamados *chucos*, a manera de morteros o de sombreros sin faldas, muy altos y puntiagudos; y

⁸⁷ Américo Vespucio.—*El Nuevo Mundo, Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*; Edición de Roberto Levillier; Buenos Aires, 1951, pág. 208.

⁸⁸ Alvar Núñez Cabeza de Vaca.—*Relación de los naufragios y comentarios*; edición de Manuel Serrano y Sanz; Madrid, 1906, vol. I, págs. 13, 69 y 281; *passim*.

⁸⁹ Cobo.—*Historia del Nuevo Mundo*; vol. IV, págs. 174 y sig.

porque mejor cayese y ajustasen, formaban la cabeza al molde del tocado y no el tocado a proporción de la cabeza; y para dar esta figura a las cabezas de los niños, las liaban y apretaban con vendas, y las traían así hasta edad de cuatro o cinco años, que ya quedaban endurecidas y amoldadas a su tocado, largas, ahusadas y sin solodrillo. Decían ellos que ponían deste talle las cabezas para que fueran más sanos y para más trabajo, y hacíanles el primer bonete con muchas ceremonias y supersticiones, así en el hilar la lana como en tejjerla”.⁹⁰ Esta horrorosa práctica fue expresamente prohibida por el virrey Toledo en sus célebres Ordenanzas de Arequipa de 6 de noviembre de 1575.⁹¹

Muy interesantes las informaciones acerca de los ritos que estaban unidos al nacimiento y la crianza, así como otras ceremonias en determinadas etapas de la vida del adolescente, como decir el destete, la pubertad, etc. Asimismo todo lo relativo al matrimonio. Por lo general se tenía una sola mujer; pero por donación del Inca, por guerra o alguna otra razón podían tener varias, “y entre esta gente eran tan sujetas las mujeres y tan hechas al servicio de sus maridos y a seguir su voluntad, que aunque fuesen muchas, no había diferencias ni osaban más de lo que se les mandaba; y no sólo servían en los oficios caseros, sino también en el campo, en las labranzas, sementeras y beneficios de sus *chácaras*, o heredades, en edificar sus casas y llevar cargas, cuando sus maridos caminaban, en paz y en guerra”.⁹²

La resistencia física de estas mujeres era tal, según Cobo, que “no pocas veces acontecía que yendo cargadas, les venían dolores del parto en el camino, y para parir no hacían más que desviarse un poco fuera de camino, y en pariendo, llegábanse a donde había agua y lavaban la criatura y a sí mismas, y echándosela encima de la carga que llevaban tornaban a caminar como antes que pariesen” La mujer considerada como legítima, sólo por la muerte podía librarse de la sujeción a su marido. La ceremonia matrimonial era siempre muy solemne, y variaba de una región a otra, recibiendo la esposa que la autoridad les designaba. En el Callao “entre la gente popular, usaban que, en señalando

⁹⁰ *Ibidem*; IV, 176.

⁹¹ “Item: Mando que ningún indio, ni india, apriete las cabezas de las criaturas recién nacidas, como lo suelen hacer para hacerlas más largas, porque haberlo hecho se les ha recrecido y recrece daño, y vienen a morir de ello; y de esto tengan gran cuidado las justicias, sacerdotes y alcaldes y caciques en que no se haga”. Roberto Levillier.—*Gobernantes del Perú*. Cartas y papeles. Siglo XVI; Madrid, 1925, vol. VIII, pág. 369.

⁹² Cobo.—*Historia*; IV, 179 y sig.

el gobernador la mujer, tomaba el novio una pequeña taleguilla de *coca* y llevábala a su suegra, y en recibéndola, tenían el matrimonio por concluído” Sigue con los ritos fúnebres cuando morían las mujeres, la manera de obtenerlas, etc.⁹³

Hace hincapié Cobo en la sabiduría de los Incas, que supieron hacer del rudo trabajo de la agricultura un entretenimiento agradable para sus súbditos, señalando que sobre todo en la Sierra se practicaba el trabajo cooperativo llamado *minga*, aunque Cobo no use este término, trabajo que consiste en laborar determinado día todos en favor de alguno sólo por la comida y bebida, que se les da en abundancia.⁹⁴ Describe Cobo las diferentes clases de armas que usaban los Chunchos de las regiones boscosas.⁹⁵ Con referencia a la coreografía indígena, Cobo dice ser muy notable y que ella es siempre acompañada de canto. Relata haber llegado a contar cuarenta clases diferentes de danzas en una fiesta del *Corpus Christi*.⁹⁶ Al referirse a las sepulturas, las describe en su forma, y detalla las que se encuentran en Caracollo, Ayopaya, Calamarca, Oruro, Achacachi, etc.⁹⁷

Para terminar con Cobo diremos que, no obstante su gran estudio personal de los hombres y cosas de estas tierras, no estuvo exento de uno de los pecados más comunes entre los cronistas de su época: la apropiación de trabajos ajenos, los mismos que hizo pasar por propios. Así podemos citar todo el texto de los capítulos XIII al XVI inclusive de su volumen IV, que se refiere a los “Adoratorios y Guacas” que existían al salir del Cuzco en los diversos caminos que iban a las diferentes regiones del imperio. Estos capítulos han sido tomados al pie de la letra y sin mencionar su origen del licenciado Polo de Ondegardo.⁹⁸ Pero con todo lo que se diga, la contribución del jesuíta Bernabé Cobo a la sociología boliviana es una de las más valiosas entre los cronistas generales de Indias.

En cuanto al Padre Juan Meléndez con sus *Tesoros verdaderos de las Indias* (Roma, 1681-82, 3 vols.), podríamos dejarlo de lado, ya que se resiente del egocentrismo de su actitud de limeño de nacimiento, pues desde ese sitio y con ese punto de vista describe sobre cosas de su

⁹³ *Ibidem*; IV, 188.

⁹⁴ *Ibid.*, IV, 188.

⁹⁵ *Ibidem*; IV, 194.

⁹⁶ *Ibid.*, IV, 230.

⁹⁷ *Ibid.*, IV, 235-236.

⁹⁸ Carlos A. Romero.—Prólogo a Polo de Ondegardo.—*Informaciones y gobierno de los Incas*; Lima, 1916, pág. XXVI.

orden dominica en el ámbito de los de Perú. René-Moreno dice de él: "No guarda proporción de perspectiva conforme a la importancia de los asuntos. Ignora el arte de la composición, ese que refunde y condensa materiales, que acierta a incluir debajo de la sucesión cronológica otro linaje de sucesos, como ser, verbigracia, el enlace resultante de causa y efecto. Su crítica es escasa, como la de todos los cronistas conventuales, sus colegas. El relato de Meléndez, claro, sencillo, puntual, crédulo a banderas desplegadas, está constituido por un fondo líquido de verdad y por una coronación espumante de leyendas. Se lanza con tanta más franqueza en lo maravilloso, cuanto que todo eso constó casi siempre por escrito en testimonios entonces fidedignos o de indagatorias juradas." ⁹⁹

El Oidor de la Audiencia de Lima, doctor Diego Andrés de la Rocha, publicó en la dicha capital en 1681 un curioso libro titulado *Tratado único y singular del origen de los indios occidentales del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile*, al cual agregó una carta que acerca de un eclipse de 1680 escribió a su hijo Juan Enríquez de Sanguesa, a la sazón Corregidor en Cochabamba. El libro es interesante con carácter general, pero demuestra más erudición clásica y buena voluntad que argumentos verdaderamente científicos. En realidad, el doctor de la Rocha sigue los pasos muy de cerca a fray Gregorio García, de quien ya nos hemos ocupado. Casi diríamos que resume su libro, el cual es citado profusamente. Se detiene especialmente en aquellas teorías sobre el origen judaico de los indios americanos, inclinándose por Jafet, Tubal y sus descendentes los iberos, para lo cual saca una cantidad de analogías entre ambos pueblos,¹⁰⁰ analogías que no resisten el menor análisis. Se extiende también acerca de las hipótesis de Arias Montano.

Si bien es cierto que para sus comparaciones el doctor de la Rocha estudia muchos caracteres de indios, la índole general de su obra no le permite el especializarse en ningún pueblo. Apenas si por vía informativa nos referimos a su teoría acerca de la influencia del clima en el carácter y valentía de los pobladores de la América, y dice: "Y aunque reconozco que los que están a la parte meridional y más adustos de la tórrida no son tan valientes, esto les viene por accidente, porque el clima de la parte meridional produce temor; respecto a la parte fría,

⁹⁹ Gabriel Rerné.—Moreno.—*Biblioteca Peruana*; Santiago, 1896, vol. I, pág. 443.

¹⁰⁰ Dr. Diego Andrés de la Rocha.—*Tratado único y singular del origen de los Indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile*; reedición; Madrid, 1891, vol. I, pág. 48.

se reconcentra en el corazón, y las exteriores están ocupadas del calor." Al referirse a estos indios, comenta: "Hacia el Brasil, Paraguay, Tucumán, Santa Cruz de la Sierra, naciones muy bravas e indómitas, los Paltas, Paltiles, Chiriguanas y otras innumerables que caen al Norte y Septentrión, de cuya braveza atestiguan muchos autores y el señor Juan de Solorzano."¹⁰¹ Esta influencia del clima que popularizaría Montequicu en el siglo XVIII, se la encuentra ya en Ibn Kaldum, pensador árabe del siglo XIII,¹⁰² aunque es improbable que haya sido conocido de Rocha ni del pensador francés. Los atisbos de Rocha en este sentido dicen mucho y bien de sus altas condiciones y capacidades intelectuales.

Muchos cronistas generales de Indias dejan de mencionarse aquí por una y otra razón. López de Gomara,¹⁰³ por no haber estado en América, pues su obra fue escrita en Europa a base únicamente de noticias de acá transmitidas, careciendo por consiguiente de pensamiento y sensibilidad sociológica propia de quien pisó y vivió en estas tierras. En cuanto a la *Historia del Mondo Nuovo* (Venecia, 1565), de Girolamo Benzoni, por no haber podido consultar su rarísima obra. En cuanto a Román y Zamora,¹⁰⁴ por lo mismo que a Gomara, e igual cosa puede decirse del cronista Antonio de Herrera.¹⁰⁵ Estos libros tienen perfecta cabida en una historia de la historiografía americana y aun de la boliviana, pero no en un ensayo que trata de indagar los remotos orígenes de nuestro pensamiento sociológico.

¹⁰¹ *Ibidem*; I, págs. 54-55.

¹⁰² Baron Carra de Vaux.—*Les penseurs de l'islam*; París, 1921, vol. I, págs. 284 y sig.

¹⁰³ Francisco López de Gómara.—*Hispania Victrix*, etc.; publicada por Enrique de Vedia en *Historiadores primitivos de Indias*; reimpresión de Madrid, 1931, Vol. I. La edición primitiva es de Zaragoza en 1552.

¹⁰⁴ Fr. Jerónimo y Zamora.—*República de Indias, Idolatrías y Gobierno en México y Perú antes de la conquista*; Madrid, 1897. La primera edición es de Medina del Campo en 1575, reeditándose en Salamanca en 1595.

¹⁰⁵ Antonio de Herrera.—*Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, etc.; Madrid, 1601-1615, 5 vol. Además, Herrera está señalando como vulgar plagiarlo de la Gasca, el Palentino y sobre todo de Cieza de León.—Véase Marcos Jiménez de la Espada.—Prólogo a *La Guerra de Quito de Cieza*; Madrid, 1877, pág. XX.